

Desencuentro en el reencuentro

La ensoñación de lo abandonado, del país y de las personas, cuando alguien se decide a marchar en exilio voluntario- o tal vez obligado- suele contener mundos utópicos en los que quedaron- como nuevo símbolo de la supervivencia humana- los mejores recuerdos de tiempos pasados. Tiempos que abarcaron la infancia y la juventud que la adornaron de sabores coloreados de perfumes de risas juveniles, de problemas generacionales y de otras pesadumbres.

No obstante, en el recuerdo del consciente solo queda patente lo agradable y deja lo desagradable para el subconsciente. Esa tergiversación de las realidades es una estrategia psíquica inconsciente que nos permite mantenernos en un estado catártico del pasado para poder ser o seguir siendo felices.

En la distancia y en la lejanía esos bellos recuerdos suenan a cascabeles brillantes que adornarán nuestra existencia a través del transcurrir de la vida.

Esta mañana, sin embargo, sentí una especie de tambaleo en mi sentir cuando mis pasos me llevaban de paseo por la Ría de Punta Umbría y fue la misma sensación que sentí cuando, días antes, fui paseando por las orillas del Guadalquivir en mi ciudad natal, Sevilla. A pesar de que vengo a mi tierra más de una vez al año y de haber tenido vivencias familiares y profesionales muy intensas en el último tiempo, me sentí de repente como una extraña y fuera de lugar en esta tierra que me vio nacer y que yo la vi desarrollarse paulatinamente.

Traté de analizar la razón de esa sensación, pero no pude llegar a darle un motivo lógico.

Posiblemente, como le conté a mi gran amigo G, es como un desfase de los desarrollos de la persona y del lugar.

Aquellas personas que nunca se fueron de su lugar de nacimiento, van creciendo entre sus asfaltos, entre las sombras de sus árboles, entre su política desastrosa, entre aquellos vestigios tradicionales, entre sus tíos y tías, primos y primas y amistades que envejecen paralelamente, y también entre aquellos que se va llevando la vida.

Para aquellas y aquellos que nos vamos de nuestra tierra, cada vez que regresamos, nos sorprende una o muchas nuevas experiencias. De repente se pone de manifiesto la diferencia de mentalidades para con los que se quedaron porque en el país extraño se fueron acumulando otras costumbres que nos llevaron a otras visiones del mundo o de la vida, no por ser el país extraño mejor, sino, simplemente por una adaptación a lo nuevo, pero sobre todo, por esa lucha de supervivencia y de experimento a la que debe recurrir el viajero.

Nos ponemos a pasear por las calles de nuestra tierra y los edificios que siempre habíamos visto los vemos transformados de algún modo y solamente los monumentos nacionales se atan a nuestras nostalgias. Los jóvenes y las jóvenes que vemos andar por esas calles nos recuerdan a nuestras compañeras y compañeros de estudio y nos sitúan en nuestra juventud sin darnos

cuenta de que esos jóvenes no son los que nos imaginamos y que lo más que pueden ser son los nietos de aquellos. Es decir, ese mundo soñado no coincide con la realidad y esa es la razón de sentirnos extraños.

Hay personas que, después de haber vivido decenas de años en un exilio voluntario, deciden regresar a sus raíces y es posible que algunos consigan crearse un mundo que, a pesar de ser ficticio, pueda parecerse al imaginado del pasado. Es, no obstante, una pura utopía, pero estas personas prefieren no ponerse a analizar para autoconvencerse de que el regreso fue una decisión acertada. En realidad, no es sino un desencuentro en el reencuentro porque no hay el tal reencuentro. Muchos de los amigos ya no existen, la casa familiar se vendería hace tiempo y lo único que ha permanecido es la forma de vida tradicional y el carácter local.

Para aquellas personas que, como yo, no tuvieron nunca raíces y deambularon por muy diferentes mundos es este utópico reencuentro aún más inverosímil y difícil. Y es difícil porque, por lo general, el desencuentro tuvo ya lugar en el momento de la partida. Además, porque no se trató de una partida sino de muchas y de muchos lugares y, como consecuencia, de despedida de muchas amistades o personas que se introdujeron en el corazón. Y lo único que ha prevalecido son los lazos familiares, aunque también en la distancia, equilibrados por visitas recíprocas y refrescados a través de medios electrónicos.

Así pues, ese premeditado o pretendido “reencuentro” que suele tener lugar cada vez que se “vuelve”, es una mentira real que utilizamos nosotros mismos para tener la sensación de identidad y de pertenencia a un clan que nos dio vida y calor.

Sin embargo, en un momento inesperado, el subconsciente se hace consciente y nos sorprende con la realidad implacable: que somos simples vagabundos y que no pertenecemos a nadie ni a ningún lugar... y esa sensación puede producir mucho desasosiego.

Aun así, la vida continúa e igualmente se siguen alargando nuestros caminos vitales, ya vayan estos cargados de utopías, de ensueños o de realidades crudas y no queda más remedio que seguir caminando...

(Punta Umbría, 4.7.2024)